

CUANDO EL OTRO SE CONVIERTE EN SUJETO DE ESTUDIO: EL ETNÓGRAFO DESDE LA PERSPECTIVA DE SUS INFORMANTES

Cristina B. García Vázquez

Mucho se ha dicho en ciencias sociales de la inevitable vinculación entre objeto de conocimiento y sujeto cognoscente, y de la necesidad en antropología social del “estar allí”: entre otras cosas, de demostrar cómo nos involucramos con aquellos que definimos como los Otros para dotar de fiabilidad a nuestros datos. En este sentido, la experiencia del observador en el trabajo de campo etnográfico no puede quedar reducida a una cuestión de carácter confesional, en donde se haga más hincapié en ésto que en descubrir la veracidad de los fenómenos socioculturales, que delimitamos como nuestro objeto de investigación. La importancia de reflexionar sobre la práctica etnográfica radica en conocer qué factores y condiciones desempeñan un papel decisivo en la búsqueda del conocimiento cultural de nuestras poblaciones. En este sentido, mi interés en este trabajo se centra en mostrar brevemente ciertas experiencias vividas como etnógrafa entre la población boliviana en Mendoza, y brindar algunas conclusiones “generales” que, por el momento, permiten reflexionar sobre diferentes cuestiones que condicionan la posición y el rol del investigador ante su objeto (sujeto) de estudio.

Trabajo etnográfico y migrantes bolivianos en Mendoza

Los estudios realizados en Mendoza sobre poblaciones migrantes se han planteado y desarrollado siguiendo esquemas muy repetitivos. A un nivel nacional, ha habido un avance cuantitativo y, sobre todo, cualitativo especialmente en las dos últimas décadas. Teniendo en cuenta que no se ha llevado a cabo ningún análisis etnográfico sobre migrantes limítrofes en el ámbito provincial, la escasez de trabajos en nuestro país que adopten a la etnografía como estrategia de investigación para el estudio de las poblaciones migrantes actuales y, por lo tanto, la falta de un análisis que aborde desde la perspectiva de la antropología sociocultural la adaptación de los migrantes bolivianos como un *fenómeno social total*, decidí emprender el desafío de realizar un estudio etnográfico de la población boliviana mediante la observación directa y participante.

El marco físico y social de nuestra investigación lo constituyó el área urbana que corresponde al distrito Belgrano del Departamento de Guaymallén.¹ Una vez que me trasladé a mi zona de estudio para poner en práctica la observación participante, todo comenzó a intensificarse, a fluir la información que estaba buscando para dar respuesta a mi diseño de trabajo y al objetivo de mi investigación que era: analizar las estrategias de adaptación socioeconómicas y simbólicas de la población boliviana que surgen de las interacciones intra e interétnicas en una dimensión tempo-espacial que hace referencia a la provincia de Mendoza, y a un contexto nacional e internacional liderado por el sistema capitalista o hegemónico. Para ello, he abordado una pluralidad de temas como: 1) La política migratoria en Argentina y los factores estructurales que intervienen en este proceso migratorio; 2) Los factores culturales y subjetivos en la cadena migratoria —la interacción entre parientes y amigos, los canales de información, el riesgo y la incertidumbre, la pauta cultural de *rodear el mundo* y el nivel psicosocial del retorno—; 3) El mercado laboral y el impacto de la mano de obra boliviana en Mendoza; 4) Los principios de reciprocidad y la institución del compadrazgo en la economía de mercado; 5) La religiosidad, a través de la multiplicidad de fiestas religiosas con sus tensiones, conflictos e identidades; 6) El sistema de creencias, valores y prácticas rituales y su relación con la movilidad social y 7) Las relaciones inter e intraétnicas y la construcción de la identidad étnica.

En este orden de cosas, había mucho que hacer. Y ahí estaban los migrantes bolivianos. El problema inicial era, entre otros, cómo llevarlo a cabo. Cuando se inició este estudio, lo hice con la intención de abordarlo desde la pluriformidad y heterogeneidad que caracteriza a todas las poblaciones humanas, y así observar a nuestro objeto de estudio como una comunidad abierta a los vaivenes de la vida moderna. Me propuse trabajar con la gente, es decir, “desde dentro” y “desde abajo”, y no quedar limitada como ocurre en muchos casos al circuito cerrado de alguna institución —como podría haber sido el Centro de la Colectividad Boliviana o el Consulado de Bolivia—, con el objetivo de descubrir sus diferencias y semejanzas, al actor social no sólo como miembro de una sociedad sino como un individuo al que se le presentan una serie de alternativas más o menos limitadas, dependiendo de los casos, de elegir, si es que puede, el camino que le parezca más conveniente para alcanzar sus metas.

¹ Guaymallén es uno de los departamentos integrantes del Gran Mendoza. Sus vías de comunicación lo conectan principalmente con el norte y el este del país a través del FFCC Gral Belgrano, Gral San Martín y la ruta nacional n°7. Fue el primero de éstos, el que facilitó el ingreso de los primeros braceros bolivianos a Mendoza.

Esta aproximación etnográfica, a través de la observación participante y las entrevistas, me permitió centrarme en las interacciones y en los discursos de mis informantes con la finalidad de descubrir las coincidencias y las diferencias, no sólo entre su pensar y su modo de actuar sino también entre sus afirmaciones y mis explicaciones. De tal modo que la importancia epistemológica del diálogo crítico entre la observación participante y las entrevistas, por una parte, y los discursos de mis informantes, atendiendo a las omisiones y al carácter pautado y generalizador de lo dicho, por otra, fue la estrategia metodológica que, aunque establecida en el diseño de esta investigación, progresivamente se consolidó a través de la práctica etnográfica para definir qué los caracteriza como grupo étnico y qué diferencias existen en su interior (variaciones intragrupales).

Siguiendo este planteamiento, la observación y la práctica comunicativa que sustenta la búsqueda del conocimiento etnográfico se sistematiza frente a una pluralidad de condiciones sociales que se descubren en cada experiencia etnográfica. Nuestra formación teórico-metodológica nos dice *cómo se hace* trabajo de campo, y nos pone en conocimiento de los elementos a tener en cuenta de nuestra ecuación personal. Sin embargo, las variables teóricas, sociológicas e individuales de cada observador adquieren su plenitud en el mismo momento que iniciamos nuestra práctica etnográfica. Aquel que pretendemos definir nos envía señales de aquello que creemos conocer, pero que sólo el encuentro con el Otro lo pone en evidencia. Estoy haciendo referencia al propio mundo del investigador y su posición dentro del proceso investigado.

Abordar el estudio de la población migrante boliviana implicó ejercer una diversidad de roles que para algunos investigadores exceden los límites del etnógrafo, mientras que para otros son necesarios para alcanzar un conocimiento más fiable de las diversas manifestaciones culturales que estudia la antropología. El método etnográfico nos muestra al investigador —en ocasiones visto como un *traductor* de culturas— ocupando una línea intermedia entre su objeto de estudio y ese otro grupo de pertenencia que, en mi caso, correspondía al de la sociedad mayoritaria. Sin embargo, creo que debemos intentar traspasar esta frontera étnica, y tratar de dejar atrás determinado sesgo personal, que pueda obstaculizar nuestra inserción de un modo directo, sincero y abierto en el mundo del Otro. Sin duda que el trabajo de campo en antropología es un proceso de aprendizaje que experimenta el investigador para poder explicar y comprender el modo de vida de los otros, pero valga la aclaración y la redundancia, un proceso de aprendizaje que para que sea fiable debe implicar la subjetividad del observador. Todo depende qué uso haga de ella cada antropólogo. Si pretende a través de su subjetividad alcanzar la objetividad para conocer de qué modo sus variables sociales e individuales han intervenido en el proceso de su investigación,

probablemente evitará caer en conceptos vacíos que dificulten nuestra comprensión de lo sociocultural. Cuando se hace trabajo de campo se descubre que la práctica antropológica viene cargada de una dialéctica entre lo dicho y lo hecho. Se idealiza el método etnográfico, de tal manera que tenemos la osadía y el atrevimiento de querer convertirnos en lo que los Otros son o creen que son. Entiéndase que mi propuesta de traspasar la frontera étnica no tiene que ver con esto último, en ningún momento pretendí convertirme en el Otro sino *observar y participar junto a y con* los migrantes bolivianos, reconociendo que, en este contacto intersubjetivo, el punto de vista de mis informantes y mi formación teórico-metodológica constituían elementos indiscutiblemente unidos en el proceso de aprendizaje que me permitiera comprender y explicar su modo de vida. Es decir, no se trata de convertirnos en lo que ellos “son” mediante la incorporación de sus modelos cognitivos sino, como afirma Mary L. Pratt, “*hallar el punto en el que le sea posible al investigador encontrarse cara a cara con el otro sin perder la visión del propio rostro durante el encuentro...*” (1991: 68)

Imágenes antropológicas de una etnógrafa

Participo de la opinión de aquellos investigadores que sostienen que el encuentro con el Otro provoca una autodefinición que nos obliga a entenderlo y a definirlo, teniendo presente aquellas diferencias y semejanzas socioculturales que nos separan o nos acercan a su comprensión.

Cuando construimos estereotipos lo que hacemos es elaborar imágenes de los Otros, sin percatarnos que el encuentro es mutuo y que el éste también construye una imagen acerca de nosotros mismos. El observador se convierte en el observado, y en este proceso el Otro descubre al antropólogo, conoce sus intenciones, y así nos autoriza a penetrar en su mundo. Vale recordar experiencias etnográficas como la de Evans-Pritchard, cuando afirma: *Entre los azande me vi obligado a vivir fuera de la comunidad; entre los nuer me vi obligado a ser un miembro de ella. Los azande me trataron como un superior; los nuer, como a un igual* (1977: 27).

El trabajo de campo en una comunidad con patrones socioculturales diferentes de los que rigen en el grupo social del investigador y que, además, reside en la sociedad de este último, nos plantea, entre otras, dos cuestiones fundamentales: por un lado, una de ellas nos introduce en un debate de tipo político-moral e, incluso, epistemológico. Nuestros destinatarios, como sujetos de estudio que son, nos tienen muy cerca y pueden vernos como un medio para salir del anonimato, impuesto por la sociedad hegemónica. El “estar allí” y el “estar aquí” cuestiona nuevos interrogantes cuando observador y observados comparten la misma

sociedad. La expansión del sistema capitalista ha profundizado los movimientos migratorios entre países centrales y periféricos; los diferentes entran en un contacto cada vez más íntimo. La complejidad de nuestras sociedades desafía el papel del antropólogo en un mundo de *mezcladas diferencias* (Geertz, C.; 1989). Por otro lado, y quizá como una consecuencia de lo anterior, los fenómenos socioculturales que abordamos han sido y son interpretados y reinterpretados por sus propios participantes, tanto por su interacción intra como interétnica. La mayoría, es decir la sociedad del investigador, es definida y redefinida por la minoría a partir de su interacción cotidiana. En este sentido, el objeto de estudio revierte permanentemente sobre el observador, porque es el que genera la observación. El investigador puede ser definido a partir de los propios cánones de sus informantes, y es esto último lo que nos convierte en personas unas veces confiables y otras no para todo aquello que nos quieran comunicar y nos permitan observar y participar. No hay duda de que la participación favorece a la entrevista abierta y a la conversación espontánea, pero también a un hecho que reconocemos a través de aquella: el intercambio de posiciones que afecta a la relación sujeto-objeto de estudio, es decir, aquellos momentos en que nos convertimos en objeto de observación por parte de nuestros "observados". La participación nos pone al descubierto, y si la misma implica todo un proceso de adaptación, no exento de tensiones emocionales, también nuestros informantes se adaptan a nuestra intromisión y nos definen como un Otro. Si la identidad y la alteridad ocupan posiciones dialécticas, entonces, nuestro trabajo de campo nos habla tanto de los Otros como de nosotros mismos, y el grado de participación depende, en gran parte, de cómo los investigados definan al investigador a partir de diversas variables sociológicas y cualidades personales.

Como toda experiencia etnográfica, la valoración de nuestros informantes está condicionada por la diversidad de identidades de las que es portador el investigador, que pueden facilitar u obstaculizar la investigación. Todo depende del trabajo de introspección que realice el observador, y de su reflexión sobre lo que él piensa que los Otros dicen acerca de su persona. Más allá de determinadas cualidades personales que pueden ser seleccionadas por los informantes, quiero hacer brevemente hincapié en aquellas que escapan del control del antropólogo y que se basan, principalmente, en el género, la edad y lo etno-racial. Estas variables no sólo tienen que ver con el desempeño de la práctica etnográfica sino también con el estereotipo que como miembro de la sociedad mayoritaria y hegemónica construyó, en este caso, el migrante boliviano sobre mi persona. En síntesis, a partir de mi experiencia personal, podemos distinguir tres imágenes del trabajador de campo:

A) La que se construye tomando como referencia al endogrupo mediante el uso de valoraciones etnocéntricas, a las que recurre el sujeto en estudio ante la sola presencia e intromisión de alguien, en nuestro caso como antropólogos, procedente de la sociedad mayoritaria. Es curioso observar los recursos que utilizan nuestros informantes para mostrarnos su mundo, mientras sutilmente marcan las diferencias, utilizando diversas señales que nos advierten que somos portadores de realidades disímiles y opuestas. Por ejemplo, cuando participé en la celebración del día de los Fieles Difuntos o *Todosantos* (1 y 2 de noviembre) en la casa de un jefe de familia, asesinado por una “patota” unos pocos meses antes de la fecha mencionada, uno de los dolientes me invitó a sentarme junto al grupo de mujeres (acción claramente determinada por mi género), que se encontraban pelando papas. Ante esta situación y mi nula experiencia en el arte culinario, ofrecí tímidamente mi ayuda, esperando que alguna de ellas me tuviera compasión. Obtuve como respuesta un cuchillo y la mirada inquisidora de mis compañeras de cocina. Hasta que una de ellas, observándome fijamente, dijo: *En Bolivia nos retaban si no pelábamos finito, finito, y acá...* Lo que expongo a continuación es una parte de la conversación mantenida con dos de estas mujeres, Inés y Roxana:

I: ¿Dónde vive? ²

C: A una pocas cuadras de acá, en el barrio Belgrano.

I: ¿Vive sola?

C: No, con una familia

R: ¿Tiene hijos?

C: No, no.

I: ¿Cuántos años tiene?

C: 29

Todas: Ah...(silencio)

R: “Rosalía no puede tener hijos”

Este último comentario me sorprendió, pero en el momento me di cuenta que estaban tratando de definirme a partir de sus pautas culturales. El rol de la mujer está fuertemente relacionado a su fecundidad. Yo no encuadraba en el modelo de mujer boliviana, pero me definían a partir de esta última. El comentario sobre Rosalía (quien no se encontraba presente, pero mis informantes sabían muy bien que yo la conocía) no estaba fuera de lugar: en sus diferentes preguntas no hacían otra cosa que buscar información sobre mí, estableciendo nuestras diferencias o/y semejanzas de género —culturalmente construidas—. Inmediatamente le pregunté a Inés si tenía hijos. Su respuesta fue categórica: “Sí...Tengo 27 años”.

² Los nombres han sido cambiados, reservando la identidad de los informantes.

B) La imagen que se construye a partir del estereotipo del investigador impuesto por la sociedad blanca y occidental. En este sentido, hay dos actitudes de los migrantes que merecen ser destacadas para explicar de qué modo el estereotipo del investigador influye en la relación sujeto-objeto de estudio:

- 1) Aunque fue la excepción, pero digno de mencionarse, una de ellas hace referencia al grado de desconfianza que surgió en el primer encuentro con algunos jóvenes migrantes, integrantes de centros culturales, que no ven con “buenos ojos” el hecho de convertirse en objeto de estudio por parte de un sujeto venido de fuera. Esto se agudiza cuando los medios gráficos difunden estereotipos de la población boliviana que el propio ámbito académico se ha encargado de transmitir. En este sentido, el investigador, además de diversas variables personales, es portador de una tradición académica que, no en pocos casos, ha definido al Otro desde la óptica deformante del que domina. Hoy día nuestro reducido número de lectores ha cambiado en términos cualitativos: nuestros informantes tienen cada vez más acceso a lo que decimos de ellos. En Mendoza, la prensa escrita y diversos autores locales, repiten de manera incesante y acrítica la siguiente imagen del boliviano: “ ‘ *son muy trabajadores, sumisos, poco exigentes, no crean problemas, son fieles, no discuten, pero tampoco perdonan el engaño, ahorrativos, gregarios, respetuosos, hablan lo justo, son fuertes ante la adversidad, austeros, aptos para cualquier trabajo de campo y fieles a sus costumbres* ’.” (Török, M. y Conte, G.; 1996: 146) Este estereotipo es ampliamente cuestionado sobre todo por las generaciones más jóvenes de migrantes que constituyen centros culturales. Entre ellos, se encuentran quienes han decidido adoptar un compromiso ideológico con el endogrupo. La formación de diversos centros culturales, los grupos de música y los programas de radio de y para migrantes bolivianos se han constituido en nuevas expresiones identitarias. Sus integrantes reflexionan sobre sí mismos, sobre su propio grupo étnico y sobre la sociedad mayoritaria y hegemónica. Son agentes del cambio cultural al redefinir y transformar su identidad étnica frente al Otro, mendocino, argentino. Todos estos grupos nos están indicando una población migrante en movimiento, que comparte el “aquí” y el “ahora” del propio mundo del investigador. El compromiso ideológico y político de algunos migrantes se construye en el juego de las interacciones intra e interétnicas. Su juicio acerca del discurso científico y del seudocientífico no debe ser desestimado, puesto que su papel es clave en el proceso de construcción de la identidad étnica, en la relación antropólogo-informante y, finalmente, en el texto etnográfico.
- 2) La segunda tiene que ver con el modo de inserción y, por lo tanto, con la diversidad de roles que el etnógrafo debe intentar llevar a cabo en la observación participante. Se trata de ampliar el juego de roles como un medio

para “eclipsar” de algún modo el poder que ejerce el investigador sobre el informante, por ser aquél tradicionalmente un representante de la sociedad mayoritaria. Se trata de des-prendernos de la posición que ocupamos dentro de la estructura social, y desempeñar aquellos roles —sin duda implícitos en la participación— de nuestros informantes, para quienes nuestro modo de actuar nos acerca más a ellos, y nos diferencia del estereotipo que construye esta minoría de la mayoría. Por ejemplo cuando fui reclutada por un cuadrillero para constituir una cuadrilla de trabajo junto a dos de mis informantes, durante la época de cosecha en Mendoza. Mi objetivo era analizar las interacciones de aquellos actores sociales —patrones, cuadrilleros y trabajadores bolivianos— que forman parte del mencionado proceso productivo. Hubiera sido más fácil, quizá, preparar una serie de preguntas y observar “desde fuera” a la mano de obra temporal en nuestra zona de estudio. Formar parte de una cuadrilla de bolivianos fue *para mí* el camino más adecuado para saber qué sucedía con los trabajadores estacionales. Además, fue la “carta de presentación” a la que recurrieron mis informantes cuando me encontraba con otros migrantes bolivianos. Este modo de inserción me allanó el camino, y no fue extraño escuchar a alguno de ellos afirmar sobre mi persona lo siguiente: *¡Es más boliviana que los propios bolivianos!* Es decir, el hecho de que mis actitudes rompieran con el estereotipo del blanco, del que inevitablemente yo era portadora, fue una sorpresa para mis informantes, quienes centraron su observación en aquello que me acercaba más a ellos y contradecía la relación de poder que ha ejercido el blanco en indoamérica. Pero también fue una sorpresa para mí, porque nunca imaginé hasta qué punto decisiones como la mencionada se convertían en ventanas epistemológicas (Werner y Schoepfle, 1987), es decir, en verdaderas oportunidades para profundizar el conocimiento cultural de mi población en estudio. Quizás ahora se entienda mucho más mi posición de abordar los fenómenos socioculturales “desde dentro” y “desde abajo”.

C) La que ubica al investigador que realiza trabajo de campo fuera del grupo mayoritario, al que pertenece socialmente, adoptando una cierta “imparcialidad” que favorece a la hora de conocer qué piensa el grupo minoritario de la mayoría. Valga el siguiente ejemplo: Durante la época de cosecha, fui con una de mis informantes, Alicia, a la casa de unos aparceros bolivianos. Allí nos esperaba Susana, una migrante potosina. Luego de las presentaciones pertinentes, nos dirigimos las tres al lugar en donde el resto de la familia estaba trabajando. Mientras caminábamos, se produjo el siguiente diálogo a partir de una pregunta que me hiciera Susana:

S: ¿Usted es argentina?

C: Sí

S: No, usted no es argentina.

C: Sí, sí, soy argentina...

S: Alicia, Cristina no es argentina... ¿verdad?

A: No, es hija de españoles.

Este ejemplo muestra cómo los rasgos etno-raciales se superponen a la nacionalidad. Si bien el migrante recurre a la identidad nacional para establecer sus diferencias con el grupo mayoritario, la construcción de su identidad se encuentra condicionada por una pluralidad de factores que intervienen en la interacción social de ambos grupos. De tal modo que, esta supuesta "ausencia" de identidad nacional hizo que mis informantes manifestaran abiertamente un estereotipo del "argentino" cargado de tensiones y conflictos, que surgen de su experiencia cotidiana con aquel sector de la sociedad argentina que comparte el mismo espacio físico y social.

Es necesario tener presente que estas tres imágenes no son excluyentes sino que se influyen mutuamente, dando forma y contenido a un investigador de campo definido por su población en estudio. Es esta diversidad de formas que nuestros observados nos otorgan como observadores la que nos permite acceder o no a determinada información. La presencia del investigador provoca innumerables preguntas. Nuestras respuestas pueden satisfacer o no la curiosidad de nuestros inquisidores, pero de algo estoy segura: si nuestras entrevistas provocan que nuestros informantes miren hacia adentro, sus interrogantes tienen sobre nosotros el mismo efecto. Más allá de las tres imágenes presentadas, a las que podrían agregarse más, dependiendo de la experiencia personal de cada etnógrafo, el hecho de que el objeto de estudio revierta sobre el investigador nos permite reconocer el papel de nuestros informantes como "observadores" de la práctica del trabajador de campo, y su considerable peso no sólo en la recolección de datos sino en el texto etnográfico.

Uno se pregunta qué sucedería si nuestros informantes nos *etnografiaran*. Para algunos sería un caos epistemológico, demasiadas gentes cuestionando desde dentro y desde fuera de la antropología social. Para otros, abriría nuevos caminos para facilitar el encuentro entre quienes se autodefinen como diferentes. Sí, como afirma Clifford Geertz, *en nuestra confusión está nuestra fortaleza*, es un hecho que el *modo antropológico de ver las cosas* visto desde fuera de la antropología ha ganado un merecido lugar en el campo de las ciencias sociales (1986: 63). No sé si esto profundice nuestra confusión, los límites entre las disciplinas que estudian lo sociocultural son cada vez más difusos. Sin embargo, los cambios que han sufrido las poblaciones tradicionalmente estudiadas por la antropología, como

las modernas, nos exigen un compromiso que trascienda el ámbito académico. La aproximación etnográfica desafía al investigador a abandonar su torre de marfil y a optar por una implicación que lo comprometa con la veracidad de los fenómenos socioculturales y con el bienestar de sus grupos bajo estudio. Creo que en esta decisión está la clave de nuestra fortaleza.

Trabajo recibido en 2004 y aceptado para publicar en 2005

BIBLIOGRAFÍA

Alonso, L. E.

1998. *La mirada cualitativa en Sociología*, Fundamentos, Madrid.

Clifford, J.

1991. Verdades parciales. En: Clifford, James y Marcus George (eds.) *Retóricas de la Antropología*. Júcar, Madrid, pp. 25-60.

Condominas, G.

1991. *Lo exótico es cotidiano*. Júcar, Madrid.

Cruces, F. y Díaz de Rada, A.

1991. Traducción y derivación. Una reflexión sobre el lenguaje conceptual de la antropología. En, *Antropología*, Nº 1, Madrid, pp.85-106.

Evans-Pritchard, E.E.

1977. *Los Nuer*. Anagrama, Barcelona.

Geertz, C.

1989. *El antropólogo como autor*, Piados, Barcelona.

1986. El reconocimiento de la antropología. En *Cuadernos del Norte* 35: 59-63.

Guber, R.

1995. Antropólogos nativos en Argentina. Análisis reflexivo de un incidente de campo. En: *Publicar*, Año 4, 5: 25-46 Buenos Aires.

2001. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Norma, Buenos Aires.

López Coria, M.M.

1991. La influencia de la ecuación personal en la investigación o la mirada interior. En: Cátedra, M. (ed.) *Los españoles vistos por los antropólogos*. Júcar, Madrid, pp.: 187-222.

López Coria, M.M. y Díaz de Rada, A.

1990. Los antropólogos vistos por sí mismos. Un planteamiento para el análisis de la reversibilidad. En: *Actas del V Congreso Nacional de Antropología*, Granada, España.

Pratt, M. L.

1991. Trabajo de campo en lugares comunes. En: Clifford, James y Marcus George (eds.), *Retóricas de la Antropología*, Júcar, Madrid, pp. 61-90.

Török, M. y Conte, G.

1996. Los migrantes bolivianos. En: Lacoste, P. (comp.), *Guaymallén, historia y perspectivas*. Diario UNO, Mendoza.

Werner, O. y Schoepfle, G. M.

1987. Cuestiones epistemológicas. En: Werner, O. y Schopfle, G.M., *Systematic Fieldwork*, vol. 1, Sage Publications, London (Traducción: A. Díaz de Rada).